

UCLA

Mester

Title

Betraying the Island. Identidad puertorriqueña y subalternidad en No quiero quedarme sola y vacía.

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/0rd4f870>

Journal

Mester, 40(1)

Author

Robyn, Ingrid

Publication Date

2011

DOI

10.5070/M3401010127

Copyright Information

Copyright 2011 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Betraying the Island: Identidad puertorriqueña y subalternidad en *No quiero quedarme sola y vacía*

Ingrid Robyn
The University of Texas at Austin

El objetivo de este trabajo es analizar de qué manera *No quiero quedarme sola y vacía* (2006), de Ángel Lozada, a un paso incorpora y problematiza los estereotipos construidos en torno a las figuras del *exiliado* y del *subalterno*, adoptando para eso la voz de un homosexual puertorriqueño exiliado en Nueva York. Ignorada por la crítica dentro y fuera de la isla¹, esta novela nos confronta con un discurso notadamente dual. Por un lado, la indefinición y constante mutación a las está sometido el narrador ponen de manifiesto la imposibilidad de plantearse una identidad cultural y subjetiva desde el punto de vista de un sujeto transculturado y doblemente subalternizado – como homosexual, y como puertorriqueño exiliado en Nueva York —, lindando por lo tanto con la *irrepresentabilidad* que se ha atribuido a la figura del subalterno². Por otro, lejos de cualquier tipo de *political correctness*, este narrador *traiciona* su “puertorriqueñidad” al entregarse a un esfuerzo continuo y continuamente frustrado de asimilarse al *mainstream culture* estadounidense, rechazando asimismo cualquier tipo de discurso que pudiera servirle para cuestionar las bases de su condición subalterna. No obstante, incapaz de librarse de lo que Walter Mignolo llamó *sensibilidad de ubicación geocultural*³, el repudio manifiesto por el narrador de esta novela a su condición de puertorriqueño termina por implicar un reconocimiento de esta misma condición, en otras palabras, de las marcas que le imprimen sus orígenes y su consecuente posición subalterna en el espacio político-cultural estadounidense. A través de mi análisis, pretendo así demostrar cómo el discurso preteñidamente anti-identitario que atraviesa las páginas de *No quiero quedarme sola y vacía* no sólo polemiza con ciertos discursos pre-concebidos sobre las figuras del exiliado y del subalterno, sino que involucra a la figura de su narrador en una contradictoria dinámica de rechazo y reconocimiento que lo acerca a la figura del *traidor*⁴.

I. *LIVING LA VIDA LOCA (O THE AMERICAN DREAM)*

Lo primero que destaca en *No quiero quedarme sola y vacía* es la absoluta indeterminación a la que, desde la oscilación de la voz narrativa entre la primera y la tercera persona y el constante *code switching* que atraviesa las páginas de la novela, el autor establece en la caracterización de la subjetividad de su narrador. En realidad, este narrador carece incluso de un nombre propio, auto-denominándose por una serie de apodosos despreciativos que se multiplican a través de las páginas de la novela: la Loca, la Des(loca)da, la Desca(Bellada), la (Bella)ca, la Psico(pata), entre otros. Además, hay cierto paralelismo entre la subjetividad del narrador y el carácter de *pastiche* que asume la novela, en la que fragmentos de una vida en si misma errática se presentan a través de canciones, anuncios, carteles, mensajes telefónicos, etc. De esta característica de *No quiero quedarme sola y vacía* ya nos previene el autor a través del epígrafe que abre la lectura: “el ser: ese performance, un pastiche caótico de desplazamientos y clichés, siempre mutante, jamás fijo”. Así, el narrador de Lozada se presenta como un *yo* mutante y contradictorio, una verdadera *loca* en el doble sentido de la palabra, que parece huir a cualquier posibilidad de situarlo, de encuadrarlo en cualquier discurso identitario preconcebido. ¿Pero a qué se debe el carácter de pastiche y de *performance*, esta apariencia de constante *devenir* que asume la (imposible) identidad de la loca?

En “Los devenires minoritarios”, Néstor Perlongher contrapone el concepto de identidad a lo que el autor llama *devenir*, concepto que utiliza para analizar los procesos de subjetivación característicos de las minorías. Para el autor, las minorías estarían constantemente “experimentando modos alternativos, disidentes, ‘contraculturales’ de subjetivación. Su interés, residiría, entonces, en que abren ‘puntos de fuga’ para la implosión de cierto paradigma normativo de personalidad social.” (67-8) En la óptica de Perlongher, esos procesos de subjetivación implicarían no sólo un alejamiento de los comportamientos normativos impuestos por la cultura dominante, sino también un proceso continuo de mutación en el que el sujeto estaría en constante inmisión con el *otro*, con el *diferente*, rompiendo por lo tanto con el “deber ser” implicado por el concepto de identidad: “[d]evenir no es transformarse en otro, sino entrar en alianza (aberrante), en contagio, en *inmisión* con el (lo) diferente. El devenir no va de un punto a otro, sino que entra en el ‘entre’ del medio, es ese ‘entre’.” (68)

Considerando la constante mutación a la que Lozada somete su narrador, podría pensarse que el concepto de devenir ofrece una clave para comprender la forma en la que este narrador busca forjarse una identidad. No obstante, la indefinición de su identidad cultural y subjetiva se debe ante todo al repudio que expresa este narrador ante su origen puertorriqueño, en otras palabras, su resistencia a aceptar su condición minoritaria y/o subalterna, y su deseo obsesivo por fundirse en el *mainstream culture* estadounidense. Contrariando la lógica implicada por el concepto de devenir, el “otro” con el que la loca entra en inmisión no es realmente el que *difiere*, sino más bien “el mismo”, el que dicta la cultura y los comportamientos normativos. En realidad, el narrador no sólo rechaza su “mala sangre”, despreciando a los demás puertorriqueños, sino que incluso reproduce, en su discurso, el mismo tipo de *racismo cultural* (Grosfoguel, Maldonado Torres y Saldívar, 11-4) que encontramos en la ideología dominante construida en torno a los latinos y otros grupos de inmigrantes en Estados Unidos:

De vez en cuando le salía un acento cubano que venía casi siempre acompañado con una crítica a los puertorriqueños: “los cubanos, chiquitico, han triunfado en TU isla, porque se matan trabajando levantándose al amanecer de Dios mientras que TUS compatriotas quieren que el gobierno se lo de to en bandejas”, le gritaba la loca a las otras locas puertorriqueñas. [] porque la Loca, en lo más profundo de su corazón, detestaba ser boricua. Se avergonzaba de todo aquello. En lo más profundo de su corazón los despreciaba.

Resulta significativo que su rechazo a los puertorriqueños pase por una identificación momentánea con los cubanos, cuya imagen de “inmigrantes exitosos” fue construida en gran medida en el esfuerzo de encubrir el racismo al que están sometidos los inmigrantes en los Estados Unidos. Aunque los cubanos sí hayan obtenido mayor éxito cuando los comparamos con los otros grupos latinoamericanos en este país, tal éxito no es sino un producto de su situación excepcional, proporcionada por políticas muy específicas que visaban a presentarlos como una suerte de *showcase* de los portentos del capitalismo estadounidense (Grosfoguel, Maldonado Torres y Saldívar, 9-12). Aparte de eso, la inmigración cubana a los Estados Unidos ha sido

mayormente blanca, y de clase media. Lo mismo no ocurre con otros grupos latinoamericanos, en relación a los cuales la loca expresa los mismos prejuicios que podemos atribuir a la relación que sostiene con los demás puertorriqueños. “¡Son animales, son animales!” (55), exclama sobre sus vecinos dominicanos. En lugar de identificarse con sus “compatriotas”, o con otros grupos que podríamos identificar como subalternos por lo tanto, la loca los traiciona doblemente: no solidarizándose con ellos, en primer lugar; y adoptando frente a ellos la misma actitud racista que dicta su condición subalterna, en segundo. Como en el caso del concepto de devenir, la propia clasificación del narrador de Lozada bajo la categoría “subalterno”, a pesar de homosexual y exiliado, termina revelándose algo problemática: su resistencia a aceptar su subalternidad y el gesto traicionero que atribuyo a su relación con otros subalternos lo alejan tanto del tipo de comportamiento sumiso que caracterizaría al subalterno estereotípico, como de las definiciones que del sujeto subalterno nos ofrecen los teóricos de la subalternidad: lejos de presentarse como antítesis del sujeto dominante, es ante todo su sentido de identificación con este lo que la (in)define.

Otro hecho revelador de las contradicciones implicadas en el discurso de este narrador es que el sentido de exterioridad observado en la relación que sostiene con su país de origen se reproduce incluso en las instancias en las que manifiesta cierto nacionalismo; nacionalismo de superficie, “comodificado”, en el que su “puertorriqueñidad” parece servirle como una suerte de máscara “gringo *oriented*” para mejor asimilarse a la cultura del *otro*: “Quiero ser importante. [] Que tú me mires cuando vengas a New York y sepas que soy boricua como tú pero diferente: *un producto para complacer a los gringos*, como tú.” (69, énfasis mío) En los pocos momentos en los que el narrador ostenta su “puertorriqueñidad”, esta ostentación no pasa de una suerte de auto-exotización y auto-comodificación, reproduciendo la lógica dominante a través de la cual se construyen muchos de los discursos producidos dentro y fuera de la isla sobre la cuestión de la identidad puertorriqueña. En medio a sus delirios de ascensión económico-social y reconocimiento, de realización del *American dream*, la loca sueña en:

Escribir un libro para los gringos que tenga un nombre de fruta en el título, muchas escenas tropicales y una maestra

que me salve y me lleve a Harvard. Escribir mis memorias para latinos semi-(anal)fabetas con un árbol genealógico en la contraportada. (68-9)

“Mentir sobre mi pasado para que me encuentren exótica” (61), es el modo en que lidia la loca con sus orígenes.

A la par con el rechazo de este narrador hacia sus orígenes, la loca expresa también un verdadero deseo de fundirse en el *otro*. Se complementa así el carácter de traición que atribuyo a la configuración del narrador en esta novela. “Ser por unos instantes la Rubia de América” (62), este parece ser su deseo, un deseo que se revela sobre todo a través de su apego a la cultura de masas, su exagerado consumismo y su megalomanía (pato)lógica. En el esfuerzo por diferenciarse de los “demás subalternos”, y a falta de otro recurso para ostentar status – un status que como puertorriqueña de clase media en Nueva York, no posee –, la loca se entrega a la compra desesperada de productos de marca y alta tecnología: “To stay ahead of the times, not to fall behind, es mi propósito para no sentirme incompleta.” (17) “*You are what you buy*”: “Porque a la Swami le gusta lo anaranjado y lo caro: la ropa de GAP, los trajes de Hugo Boss, las camisas Ralph Lauren, los mahones de Calvin Klein, los zapatos Keneth Cole.” (28) Proporcionado por una serie interminable de préstamos, el consumismo de la loca parece ser la única vía a través de la cual, como ciudadana de “segunda categoría”, puede sentirse realmente ciudadana. En la óptica de la loca, es su tarjeta de crédito la que le confiere su *verdadera* personalidad:

Préstamo Number Three *que la valida, que le da la entrada al crédito que finalmente la hace ciudadana, que establece en los Credit Bureaus la verdadera personalidad de la Loca*: una American Express Platinum pre aprobada, con un crédito de 3550 dólares. Y la Loca, por primera vez se sintió Jacqueline Kennedy y salió, acabando de recibir la tarjeta, se bajó en la parada de Christopher Street, y en Hugo Boss se compró, íntegros, los tres mil quinientos dólares en ropa. (63, énfasis mío)

Tal consumismo, que al principio se le presenta a la loca como única salida para contrapesar su condición subalterna, para no sentirse “sola

y vacía”, terminaría por conducirla a la bancarrota al final de la narrativa. Irónicamente por lo tanto, es su mismo consumismo que, como una suerte de pulsión de muerte, la conduciría a la muerte definitiva como “ciudadana” y a la anulación final de su “subjetividad”: “Ahora sí que tengo mi *credibilidad* destruida. Me siento, por primera vez, verdaderamente vacía.” (91, énfasis en el original)

2. *DIRECTLY FROM PUERTO RICO TO THE HEART OF WASHINGTON HEIGHTS*

Aunque el consumismo del narrador está dictaminado por su deseo de participación en el *mainstream culture*, la loca no deja de reconocer que su poder de consumo sólo le permite una participación muy limitada en este. A cierta altura de la narrativa, afirma ella:

La Loca entra FULL [en las tiendas de Soho], como si fuera Jacqueline Kennedy, con las gafas Ray Ban compradas en Harlem, para ser interceptada e interrogada inmediatamente por las dependientes delgadas bellas rubias de pelo lacio y perfectas con narices barbillas y tetas hechas: How are you doing this morning? Followed always, ALWAYS, by the question: And, where do you live? [] Y miento porque sé que esa dependiente está tratando de identificarme para determinar, de acuerdo a mi zipcode, mi purchasing power. (21)

Aquí, la megalomanía de la loca, la actitud de superioridad que asume frente a otros subalternos, se desploma ante el necesario reconocimiento de los prejuicios a los que estaba condenada a los ojos de los “gringos”. Por más que se resista a identificarse con los demás puertorriqueños — a pesar de ser blanca, y de gozar al menos de un cierto status económico-social — la loca tampoco puede identificarse con los “gringos” plenamente. Sin embargo, más que su “purchasing power”, es ante todo su condición de puertorriqueña, esas “marcas indelebles” que le imprimen su “mala sangre”, las que le asignan esta posición de subalternidad en el espacio nuyorquino.

Varios son los momentos de la novela en los que la loca reconoce la condición subalterna a la que estaba resignada a ocupar como puertorriqueña. Hablando de su experiencia en el NAVY, afirma ella: “Como era puertorriqueño, le asignaron la valerosa tarea de preparar

el café para todo el mundo en la oficina, incluyendo las secretarias que no hacían un carajo, y el capitán de la división que se quejaba siempre del café de la Loca.” (34) Secretarias que, “colmo de la humillación”, en la óptica racista del narrador, eran casi todas negras. No obstante, también este racismo aparece a veces mezclado a una equiparación entre negros y latinos a través de la cual el narrador reconoce la posición a la que, como tales, estaban *igualmente* sometidos. Al observar un anuncio de prevención al SIDA en la estación de metro, comenta el narrador: “Retrato de un pato boricua y un negro: dos buenas razones para hacerse la prueba del VIH, y que le recuerda su caso: *Como si a los únicos que nos diera SIDA fuera a nosotros los latinos y a los negros.*” (26, énfasis mío)

Así, el sentido de no-identificación de la loca en relación a los demás puertorriqueños, ese gesto traicionero que representan su esfuerzo desesperado por sumergirse en la cultura del *otro* y su resistencia a solidarizarse con los demás subalternos, *no* implica una real ignorancia de su subalternidad. En ciertos pasajes de la novela, la loca no sólo presenta conciencia de esta subalternidad, sino que llega a identificarse momentáneamente con los demás puertorriqueños, como cuando se imagina:

marchando con los patos⁶ en la parada puertorriqueña para que todos los que me desprecian me vean desde las aceras y me griten adiós mientras los saludo. A la vez que el resto de la ciudad – no nuyorican – sigue con sus quehaceres enajenados de todo lo que pasa en la parada, o riéndose porque la encuentran funny, o protegiendo sus jardines con verjas de paneles comprados en Home Depot para que las turbas boricuas del Bronx no se los ensucien y para no ver ni tener contacto con la masa despreciada que por esa calle desfila. (56)

Notemos que la referencia al “resto de la ciudad”, a “todos que me desprecian”, viene acompañada de la aclaración “no nuyorican”, implicando por lo tanto una auto-identificación de la loca con los demás puertorriqueños de Nueva York. A veces, la conciencia que expresa el narrador ante su condición subalterna llega a explotar en auto-ironía:

[D]irectly from the Dominican Republic to the Heart of Washington Heights, today the city of New York announces the change of the name of St. Nicholas Avenue, to Pedro Duarte Blvd. Y eso a todas nos alegra: festejo a fuerza de bachatazos a todo dar el intercambio de arrabales. Celebro el reconocimiento que se me otorga con la bandera quisqueyana que se despliega entre taxistas tocando bocinas mientras la ciudad también nos planta un edificio de rehabilitación para presos no peligrosos frente la escuela elemental de mi calle. Celebro que dejé atrás casa de madera y zinc en el Caribe para venir a encerrarme en depressing apartments que nadie arregla, to repeat the word, arrabales urbanos, mientras la droga se vende en el lobby. But now we finally have a street. We finally have a boulevard. Con presos, casi todos hispanos jóvenes, para que por la ventana yo me masturbe. (16)

Como nos sugiere la figura del traidor por lo tanto, el rechazo que expresa el narrador de esta novela ante su “puertorriqueñidad” y su deseo desesperado de realizar el *American dream*, su *resentimiento* hacia sus orígenes, conllevan en sí mismos una suerte de reconocimiento de la condición subalterna que padece la loca. Más aún, es la conciencia de ser una puertorriqueña exiliada en Nueva York lo que parece impulsarla a este resentimiento hacia sus orígenes. En este sentido, la imposible identidad de la loca está involucrada en una contradictoria dinámica de rechazo y reconocimiento que — como en el caso del asesinato de Julio Cesar — termina revelándose como una suerte de *homenaje* irónico a los puertorriqueños y los discursos identitarios que determinan lo que es “ser puertorriqueño”. En definitiva, si la loca se resiste a identificarse con los demás puertorriqueños, esta resistencia está en parte asociada a los discursos que desde la isla les niegan a los puertorriqueños de Nueva York y/o nuyoricans la posibilidad de identificación como “verdaderos” puertorriqueños. Además, en la medida en que procede de la misma condición subalterna que caracteriza a la población puertorriqueña en el espacio nuyorquino, este repudio sólo se comprende si se toma en consideración la sensibilidad de ubicación geocultural que informa su discurso, es decir, si admitimos que el cosmopolitanismo, el exilio y las consecuentes complejidades implicadas por la construcción de identidades en el

contexto postcolonial y/o posmoderno, como afirma Mignolo, *no* son capaces de borrar por completo las marcas que indican el lugar muy específico desde el que habla el narrador de la novela. Así, por más que la indefinición identitaria de la loca no se pueda comprender plenamente a través del concepto de devenir, por más que lo loca se rehúse a aceptar su condición minoritaria y/o subalterna, es su sensibilidad de ubicación geocultural y la consecuentemente conciencia de su subalternidad lo que la (in)define.

Otro elemento que denuncia la sensibilidad de ubicación geocultural implicada por el contradictorio discurso de este narrador es la nostalgia que, a pesar de todo su rechazo hacia sus orígenes, acomete a la loca:

[A]ñoraba pasteles. Brazos gitanos. Lasañas. Y los lectores puertorriqueños sabrán que nuestros pasteles no son dulces. Los nuestros son de guineo. O de yuca. Y los lectores puertorriqueños sabrán que nuestra lasaña es muy diferente a la italiana. (24)

Significativamente, esta nostalgia – una de las etapas por las cuales atraviesa el puertorriqueño exiliado en Estados Unidos, según Flores (1993, 187-9) — a veces se disuelve en una suerte de melancolía en la que no es tanto el país vivido el que añora, sino más bien el país imaginario que, desde el exilio, se construye la loca:

Vivir en un país imaginario: en una nación virtual, sin puertorriqueños que me molesten. En un país cibernético, leyendo El Nuevo Día todos los días por el Internet, comiendo arroz con habichuelas en casa de mis padrinos, y cuando tenga ganas de ir a la playa, montarme en un avión y usar la isla como si fuera un turista. Construirme mi nación a mi antojo, sin tapones, sin partidos, sin patófobos. Sólo con la música y con los patos que de vez en cuando me tire. [] Say it again: en el sexilio, durante el invierno más frío, tener screen savers de las playas de Puerto Rico para que me calientes mientras surfeo. Un mantel plástico de banderas e islas de Puerto Rico para expresar mi patriotismo mientras como salsichas calentadas en el micro. (64)

Incapaz de identificarse con los demás puertorriqueños, pero también de borrar por completo cierta sensibilidad de ubicación geocultural, la loca se entrega así a la construcción de un país imaginario, sin puertorriqueños, cuyo carácter comodificado, reiterando la dinámica de rechazo y reconocimiento que he atribuido a la traición, reproduce una vez más el sentido de exterioridad y la lógica dominante a partir de los cuales figura Puerto Rico en la ideología estadounidense, y de parte de los mismos exiliados puertorriqueños.

3. MUTIS Y GRITO

Otro elemento clave para comprenderse la indefinición identitaria a la que Lozada somete el narrador de esta novela y su caracterización como subalterno son su invisibilidad y mutismo; dos características fundamentales de los subalternos, según Berveley. Aunque este mutismo empieza por sus relaciones con la lengua dominante, el inglés – “me pongo nerviosa cuando tengo que defenderme en inglés” (26), confiesa la loca —, invisibilidad y mutismo no son sentimientos que la loca experimente solamente ante los “gringos”; también entre los puertorriqueños de “alto rango” y/o de la isla, únicos entre sus “compatriotas” en relación a los cuales expresa algún anhelo de identificación, la loca parece resignarse al silencio. Invitada a trabajar en un evento organizado por la Fundación de Mujeres Puertorriqueñas en Washington D.C. con su pareja – otra loca puertorriqueña —, explica ella:

Una tocaría de gratis y la otra serviría de mozo repartiendo el champán y los pisolabis. Y la Loca se sintió deslumbrada y privilegiada por estar por primera vez tan cerca de semejante figura pública, alquilaron tuxedos que pagaron a tarjetazos, con la esperanza de que quizás ahí conocerían a la futura gobernadora, *para después encontrarse con la triste realidad de no poder ni tan siquiera acercarse, ni tan siquiera hablar con nadie [], mientras, en silencio, una servía melones con jamón y la otra pretendía entretener la flor y nata de Puerto Rico.* (37, énfasis mío)

Podría pensarse que la invisibilidad y el mutismo que experimenta la loca ante la “flor y nata” de Puerto Rico se debe antes que nada a una cuestión económico-social. Sin embargo, no es solamente con

relación al inglés que la loca enfrenta problemas. Su mismo español, una mezcla de diferentes registros del español puertorriqueño y de spanglish, un español doblemente “contaminado” por lo tanto, parece condenarla al mutismo que se suele atribuir a los subalternos. En este sentido, la lengua es, para la loca, doble factor de subalternización: si su falta de dominio del inglés le impide de identificarse con el *otro* representado por la cultura estadounidense, su incapacidad de librarse totalmente del mismo inglés, su español transculturado, le impiden igualmente de identificarse con los puertorriqueños de la isla. Refiriéndose a sus relaciones con el español, afirma el narrador:

[L]a Acomplejada empezó a imitar a Pepita y a refinarse: mejoró su español, compró libros para aumentar su vocabulario y eliminó de su lengua aquella r de Maricao, esa que se pronuncia en lo más profundo de la garganta []. Comenzó a pronunciar el final de las palabras, las eses. Se concientizó de la diferencia dinámica entre las eres y las eles [] y a veces se pasaba minutos buscando lo que iba a decir, porque primero le venían en inglés y después tenía que rebuscarlas, en lo más profundo de su cerebro, como a una aguja en un pajar, no sé por donde, para poder hablar en un solo idioma y satisfacer a aquellas locas. (40)

Vale notar que implicada en esta cita está la visión de que el español hablado por la alta sociedad puertorriqueña — el “verdadero” español, en la óptica de la loca — no sólo excluye cualquier tipo de préstamo lingüístico y/o mezcla con el inglés, sino un distanciamiento de la pronunciación característica del dialecto puertorriqueño. Así, el esfuerzo del narrador por “perfeccionar” su español, más que un deseo de identificación con los puertorriqueños de la isla - en contraste con los nuyoricans -, implica una vez más borrar las marcas de su “puertorriqueñidad”.

Aunque la condición subalterna a la que por sus orígenes se ve resignado el narrador, así como la condición transculturada que le impide incluso expresarse “corretamente” en español e identificarse con los “verdaderos” puertorriqueños se presentan como factores centrales para la (in)definición de su identidad cultural y subjetiva, estas están lejos de ser las únicas razones que explican su gesto traicionero. Es ante todo su condición homosexual, considerando la homofobia

que atribuye a los puertorriqueños de dentro y fuera de la isla, lo que le impide identificarse plenamente con ellos: “Le pondré una bomba a la Isla de Puerto Rico – ya tengo los screen savers –: los hundiré por completo y acabaré con ellos desde el espacio, por haber sido tan patofóbicos y haberme querido destruir desde pequeño” (77), amenaza. Refiriéndose al desprecio que sufría su pareja ante la alta sociedad puertorriqueña, afirma la loca:

[L]a loca era pato y jamás podría llegar a ser nadie en el gobierno de Puerto Rico. Besides, la loca era una pelá y si la invitaban a algún fund raiser era pa trabajar: Besides, la loca se parte en el escenario. Besides, la loca tiene manie-rismos que distraen mientras toca. (39)⁷

Poco antes, reprochando el comportamiento sumiso de la otra loca ante a ellos:

Saludaba de rodillas. [] y eso a la otra Loca la requetejodía, la ponía mala, le repugnaba aquel saludo: ¿Por qué tiene que estarse tirando, *como un pato o como un colono cualquiera*, frente a todas esas mujeres entre risas burlescas de sus maridos, loas y no-te-tires? (36, énfasis mío)

En esos pasajes, volvemos a observar la misma contradicción entre rechazo y reconocimiento que asociamos a las relaciones del narrador con sus orígenes: a un paso que la loca rechaza el comportamiento amanerado y sumiso — es decir, característicamente subalterno — de la otra loca, este rechazo no tiene otro origen sino el necesario reconocimiento de los prejuicios a los que por su condición de puertorriqueña y homosexual estaban ambas sujetas. En realidad, los reproches que el narrador dirige a su pareja pueden incluso leerse como auto-reproches, ya que la “otra loca” — tal como el narrador, identificada simplemente como “loca” —, no es sino su espejo.

La centralidad de la homosexualidad de este narrador en cuanto a su caracterización como traidor y subalterno se verifica también en el deseo de gritar que a veces manifiesta la loca, en las instancias en las que imagina romper la invisibilidad y el mutismo que marcan su existencia marginada. Volviendo al pasaje en que la loca se imagina en la parada puertorriqueña, afirma ella:

Amerita que yo figure por la avenida con sumo cuidado mientras el público boricua allí presente me aborrece porque marchó, ando y bailo con/como los patos []. Y reírme cuando los oiga gritando. [] Y reírme cuando los vea marchando en carrozas representando escuelas donde no les enseñan ni tan siquiera a leer. Que a cambio de una parada les hagan creer que valen. No podrás jamás apagar las risas. Porque mientras respiro lo van a pagar bien caro haberme envenenado, porque esta mala sangre que tengo fue envenenada por todos ustedes, este odio que les tengo me lo sembraron ustedes []. Y odiarlos cuando me griten pato y me tiren con baterías triple AAA y verlos envueltos en la bandera puertorriqueña mientras el sistema los prepara para limpiar oficinas. Cuando el sistema los destituye de toda lengua para que no puedan articularse. Cuando el sistema [] los desampara y les deja las comunidades infectadas de droga para que los jóvenes terminen con record o en la cárcel antes de los 17 años si sobreviven. Mientras ellos mismos me rechazan y me usan de chivo expiatorio de todas sus calamidades. Cua, cua, cua, que esa es mi risa. (56-7)

Una vez más, la loca a un paso reconoce la condición subalterna a la que están reducidos los puertorriqueños en el espacio nuyorkino, y rechaza a esos mismos puertorriqueños; rechazo que aparece aquí directamente vinculado a su homofobia. En este sentido, el gesto traicionero de la loca en relación a su país de origen no es sino un reflejo de la traición, del repudio que antes había sufrido de parte de sus “compatriotas”. De la asociación directa entre su carácter traicionero y su homosexualidad resulta no sólo que el nacionalismo de superficie de la loca venga casi siempre acompañado de referencias a su condición homosexual, sino que incluso se confunda con el mismo deseo sexual al que, perennemente “sola y vacía”, se entrega la dis(loca)da:

A la Loca le fastidia el discurso de los independentistas puertorriqueños, porque los encuentra patóforos, pero en lo más profundo de su corazón quiere la independencia para su isla. *Activist Flash Number Two* []: me iré para Vieques a que me arresten. Con una camiseta blanca, con

letras verdes bien grandes que digan PATO PRO VIEQUES, me amarraré a una de las palmas en la playa, [] y en medio de todos esos independentistas patófobos me encadenaré a una palma de coco para darle bastante trabajo a los federales, y caer presa, no para restablecer mi hombría con un acto de valor, sino para que los presos políticos, en la cárcel federal, me posean mientras *yo grito* LIBERTAD, LIBERTAD, a mi antojo. (23, énfasis mío)

En esta como en otras instancias, el narrador utiliza su propia homosexualidad, la subalternidad a la que fue relegado por sus compatriotas puertorriqueños como suerte de venganza contra la isla, clave del gesto traicionero que atraviesa las páginas de la novela. No obstante, reiterando la dinámica contradictoria que implica la traición, la loca está siempre buscando a algún otro puertorriqueño, latino o negro para sus aventuras sexuales. Inmediatamente después de expresar su profundo rechazo a los puertorriqueños, afirma la loca:

Mentira, no. Los busco en las barras y los quiero dentro de mi culo. Fantasía cursi: tener sexo en Puerto Rico, una tarde, en tranquilidad, con un hombre que sude como yo que vea como yo que respire como yo mientras caiga un aguacero y se huelva la lluvia chocando con las persianas. (24)

Aunque esta búsqueda de un “igual” está en parte dictada por el rechazo que sufre la loca por parte de los “gringos”, por otra no deja de representar también cierta dosis de auto-identificación. En este sentido, es una vez más su sensibilidad de ubicación geo-cultural lo que obligándola a reconocer los vínculos que por su condición de exiliado, su imposibilidad de asimilarse exitosamente a la cultura del *otro*, la atan a sus orígenes, lo que (in)determina la subjetividad característica del narrador de Lozada.

4. SOLA Y VACÍA (PERO “BIEN CARA A LOS TAX PAYERS”)

“Mi sitio es vacío y nómada. Más bien, sola y vacía.” (29) Rechazando su origen puertorriqueño, pero a la misma vez incapaz de asimilarse exitosamente a la cultura del *otro*, la loca transculturada, subalterna y traicionera se pierde en su consumismo desenfrenado y su deseo

sexual insaciable; ambos equiparables a una suerte de pulsión de muerte que al final de la narrativa culminarían en la bancarrota – la muerte como “ciudadana” –, y la inminencia del SIDA – la muerte física, destrucción de este cuerpo deseante al que se resume la subjetividad de la loca⁸.

Culminando en la total anulación de su subjetividad, la resistencia de este narrador a reducirse a cualquier tipo de afirmación identitaria parecería estar lejos de presentar algún tipo de salida contestataria a su condición subalterna. Presentándonos con un desenlace notadamente distópico, la novela parecería no proponer ningún tipo de cuestionamiento de la subalternidad de su narrador, ningún desafío real a la ideología dominante. Cabría así preguntarnos: más allá del carácter “deforme” de la novela y el lenguaje en el que se expresa el narrador, ¿en qué reside el carácter polémico que parece haberse atribuido a esta novela? ¿De qué manera *No quiero quedarme sola y vacía* representa algún tipo de desafío real al *mainstream culture*, dado que su protagonista no parece sino reproducir la ideología que dicta su subalternidad?

Podría argumentarse que la misma traición implicada por las relaciones que sostiene el narrador con sus “iguales”, la puesta en escena de las complejas y por veces contradictorias relaciones que de hecho sostienen los exiliados puertorriqueños con su tierra natal — o más aún, la ideología notadamente conservadora que muchas veces expresan –, es no sólo donde reside el carácter polémico de esta novela, sino lo que explica la mala recepción de que fue objeto⁹. Sin embargo, dentro de la misma lógica del narrador creado por Lozada, aparentemente tan absorbido por el *mainstream culture*, no deja de haber también una nota de subversión. Irónicamente, son la misma bancarrota y la inminencia del SIDA, en relación al cual el temor que expresa la loca es casi un deseo de contracción, los elementos que nos parecen ofrecer algún tipo de “salida contestataria” a la invisibilidad y el silencio a los que se ve reducida la loca: “la mejor bomba que se le podía meter a los inversionistas era cogerles prestado y después no pagarles. Eso sí que era ser radical y subversivo en estos días donde ya ni comandantes marcos quedaban.” (93) En definitiva, la bancarrota y la muerte por el SIDA son la gran *venganza* de la loca, su manera muy particular de traicionar hasta mismo el *mainstream culture* al que tanto anhela asimilarse:

O si quiere sufrir y salirle bien cara a los tax payers [] desprenderse de todo para que los HMOs finalmente se encarguen de ella [] para así sacarle el jugo (o más bien meterle jugos intravenosos bien caros) y que los hospitales usen su cuerpo para facturar al medicare que al final, por ley, tendrá que pagar millones por ella. (114)

Análogamente a lo que Alberto Moreiras observa en el caso de la obra de José María Arguedas por lo tanto, es la *implosión de la posibilidad de significación* lo que se ofrece como salida contestataria en la novela de Lozada¹⁰. Una implosión que empieza por la forma y el lenguaje que adoptan la novela, pasando por la resistencia a encuadrarse de este narrador en cualquier tipo de afirmación identitaria y/o darle algún tipo de resolución a las ambigüedades implicadas por su gesto traicionero, y que termina en una suerte de anulación del *yo* que sin embargo representa una forma de implosionar desde adentro al mismo sistema que ya lo había anulado en vida. Una implosión que sin pasar por el discurso de la tolerancia, la aceptación o la sedición, y al contrario de lo que ocurre en el caso de la obra de Arguedas, no se agota simplemente en la muerte: la loca, invisible y muda, sola y vacía, tendría el menos el gusto de salirles “bien cara a los tax payers”.

Notas

1. Publicada en 2006, esta novela no ha sido objeto de ningún trabajo académico publicado hasta el momento, no contando sino dos reseñas cortas, ambas publicadas en blogs independientes: una de Manuel Clavel Carrasquillo, publicada poco después de la novela misma, y otra de autoría mía, recién publicada en el blog de lecturas *El roommate*. La reseña de Clavel Carrasquillo se enfoca en la recepción negativa que ha tenido esta novela entre el público puertorriqueño, en la visión del autor incapaz de apreciar el carácter innovador y sobre todo polémico que le confiere Lozada. En sus palabras: “Los chismógrafos literarios de la patria quizás no han entendido el valor de esta representación artística y por eso despotrican como ‘becerras intelectualoides’, tal y como la loca los describe en su discurso, contra un texto como éste: caótico, desenfrenado, escopetero, nada condescendiente, amanerado y cruel. A mí no me preocupa que despotriquen, porque becerras son y pasto comen. Sin embargo, sí me preocupa que no se discutan las razones de la molestia – molestia racionalistode, excluyente y macharrana – que ese

rumiar chismográfico desvela en cierto tipo de lectores vis a vis el contenido de la novela.” Un hecho digno de nota es que el manuscrito de la novela estaba listo ya en el 2000, habiendo sido rechazado por diversas editoras hasta que fuera publicado por Isla Negra. En realidad, la publicación de la novela estaba condicionada a la retirada de ciertos nombres de académicos puertorriqueños citados de forma derogatoria en el manuscrito, condición con la cual no llegó realmente a cumplir Lozada; la novela se publicó tal como se la había presentado a los editores, y llegó a retirarse de las librerías por algún tiempo cuando percatado el “error”. Para utilizar el término de Clavell Carrasquillo, la “chismografía” de la novela es así significativamente más extensa que su crítica.

2. Postular la *irrepresentabilidad* como principal característica del sujeto subalterno es una constante entre los teóricos de la subalternidad, y está en el origen mismo del surgimiento de este campo de estudios. Según John Beverley, esta irrepresentabilidad se debe a por lo menos dos factores: 1. su *carencia de voz*, de *poder de auto-representación*; y 2. el hecho de que su identidad no es ontológica sino *relacional*, y como tal marcadamente *contingente*. En cuanto al primer punto, resumiendo el argumento de Gayatri Spivak, Beverley recuerda que el silencio al que se ve resignado el subalterno no equivale a una real imposibilidad de hablar por sí mismo y/o auto-representarse. Cuando Spivak afirma que el subalterno “es incapaz de hablar”, en las palabras de Beverley, “she means that the subaltern cannot speak in a way that would carry any sort of authority or meaning for us without altering the relations of power/knowledge that constitute it as a subaltern in the first place.” (29) En este sentido, el mutismo característico del subalterno puede incluso ser analizado como una estrategia de resistencia; al romperlo, hacerse escuchar, el subalterno estaría ya inmiscuyéndose en una suerte de negación de su subalternidad, de aceptación de las normas y criterios de autoridad que dictan su condición subalterna. En cuanto al segundo punto, Beverley recuerda que la identidad del subalterno se define siempre en relación a un sujeto dominante. En este sentido, su identidad no sólo se revela contingente, inestable, sino también sobre-determinada, lo cual problematiza cualquier intento de fijarse una identidad por parte del sujeto subalterno. En realidad, mutismo y negación de cualquier tipo de afirmación identitaria están directamente vinculados. En las palabras de Beverley: “I know of no more exact description of the production of subaltern identity as the ‘necessary antithesis’ (the phrase is Guha’s) of a dominant subject than this [] conceptual binary of verbal fluency-power versus mutism-subalternity.” (28)

3. Elaborado en el intento de caracterizar los procesos de identificación característicos del mundo posmoderno y/o postcolonial, el concepto de “sensibilidad de ubicación geocultural” — o “geohistórica”, como a veces la denomina — tiene como presupuesto la idea de que la flexibilización

de las fronteras nacionales y el cosmopolitismo característicos del mundo contemporáneo no implican, como sostienen algunos teóricos, que vivamos en un mundo post-identitario. Para el autor, aunque fenómenos como el cosmopolitismo y el exilio han problematizado el concepto de identidad *nacional*, el sujeto postmoderno, cosmopolita y/o exiliado no prescinde de cierta sensibilidad en relación a su país de origen y el lugar que ocupan en el mundo postcolonial. En las palabras de Mignolo: “Cosmopolitanism and exile [...] are not an admonition to the sensibility of historical location; they are particular configurations of it: they are a warning to the sensibility of ‘national’ (as a particular manifestation of the neocultural) locations. The fact that we are living more and more in exile in a growing cosmópolis does not mean that sensibilities are lost. Once again, the sensibilities of geohistorical locations are not essential features of national identities; national identities are just one historical kind of sensibility.” (192)

4. El traidor es, por definición, una figura ambigua, limítrofe: para que se pueda traicionar, es necesario que el traidor sostenga algún tipo de relación con el traicionado, ya se trate de una relación afectiva, moral o ética. En realidad, el traidor nunca llega a romper con la relación previamente establecida: el *límite* que establece la dicotomía entre traidor y traicionado, lealtad y traición, tiene que seguir existiendo para que haya traición. Como el transgresor en relación a la regla, el discípulo en relación al maestro, o la parodia en relación al original por lo tanto, la relación entre traidor y traicionado también implica *reconocimiento*: al traicionar, el traidor está a la vez *rechazando* y *reconociendo* los vínculos que lo atan a su relación con el traicionado. Entre los muchos traidores que encontramos en la historiografía y la literatura occidentales, tal vez el que mejor exprese esta dinámica de rechazo y reconocimiento es Brutus, analizado por Friedrich Nietzsche – vía *Julius Caesar*, de William Shakespeare – en *The Gay Science*. Para Nietzsche, lo que destaca a Brutus es precisamente que su acto de traición consiste también en un homenaje; al asesinar a Julio Cesar, Brutus no estaba sino honrando los ideales que otrora había defendido el propio Julio Cesar: “Independence of soul! – that is what is at stake here. No sacrifice can be too great for that: one must be capable of sacrificing the dearest of friend for it, even if he should also be the most glorious human being, an ornament of the world, a genius without peer – if one loves freedom and the freedom of the great souls and he threatened this kind of freedom. That is what Shakespeare must have felt. The height at which he places Caesar is the finest honor that he could bestow on Brutus: that is how he raises beyond measure Brutus’s inner problem as well as the spiritual strength that was able to cut *this knot*” (150).

5. Para un análisis más profundizado de este tipo de nacionalismo “comodificado”, que empieza con la banalización de la bandera de Puerto

Rico como símbolo nacional, consultar *Essays on Puerto Rican Identity y From Bomba to Hip-Hop*, de Juan Flores.

6. El término “pato” constituye tal vez el término más derogatorio entre los que se utilizan en Puerto Rico para referirse a los homosexuales masculinos. Al adoptar este término para referirse a sí mismo por lo tanto, el narrador no sólo se involucra en una suerte de auto-depreciación — la misma que marca casi todos los apodos a través de los cuales se auto-denomina la loca —, sino que parece querer enfatizar la homofobia — o más bien “patofobia”, en las palabras del narrador — que en su visión caracteriza a los puertorriqueños.

7. La expresión “partirse” se utiliza para referirse a comportamientos y gestos afeminados, y tal como el término “pato” posee un tono eminentemente negativo.

8. Esta afirmación es parcialmente inexacta. En realidad, la novela cuenta con diez distintos finales. Sin embargo, son la bancarrota y la inminencia del SIDA, amenazas planteadas desde el principio de la novela, lo que les da el tono a casi todos ellos.

9. Remetemos una vez más a la reseña de Clavell Carrasquillo, que a pesar de enfocada en la forma, el lenguaje y sobre todo, la manera cómo la novela presenta la cuestión del homosexualismo en Puerto Rico, deja entrever que gran parte de la polémica generada en torno a esta novela se debe a su claro propósito de poner a descubierto el conservadurismo y los prejuicios que dominan la isla.

10. Me refiero aquí a su análisis de la obra del escritor peruano como reflejo de su condición transculturada y resistencia a reducirse a cualquier tipo de afirmación identitaria, una resistencia que, empezando por el nivel de la lengua que adopta el escritor, redundaría como dicho en una implosión de la posibilidad de significación. De esta implosión, en la visión de Moreiras, sería ejemplo el propio suicidio de Arguedas, gesto última de repudio a una cultura en la cual jamás pudo encuadrarse realmente.

Bibliografía

- Berveley, John. “Writing in Reverse: The Subaltern and the Limits of Academic Knowledge”. *Subalternity and Representation. Arguments in Cultural Theory*. Durham: Duke University Press, 1999. 25-40. Print.
- Clavell Carrasquillo, Manuel. “No quiero quedarme sola y vacía, nueva novela de Ángel Lozada”. <http://www.carnadas.org/blog/index.php?s=lozada&Submit=buscar>. Web.
- Flores, Juan. *Essays on Puerto Rican Identity*. Houston: Arte Público Press, 1993. Print.

- . *From Bomba to Hip-Hop*. New York: Columbia University Press, 2000. Print.
- Grosfoguel, Ramón, Maldonado-Torres, Nelson y Saldívar, José-David. “Latin@s and the ‘Euro-American Menace’. The Decolonization of the U.S. Empire in the Twenty-First Century”. *Latin@s in the World-Systems. Decolonization Struggle in the 21st Century U.S. Empire*. Boulder: Paradigm Publishers, 2005. 3-30. Print.
- Mignolo, Walter D. *Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*. Princeton: Princeton University Press, 2000. Print.
- Moreiras, Alberto. “The end of Magical Realism: José María Arguedas Passionate Sigifier”. *The Exhaustion of Difference. The politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press, 2001. 184-207. Print.
- Nietzsche, Friedrich. *The Gay Science*. New York: Cambridge University Press, 2001. Print.
- Perlongher, Néstor. “Los devenires minoritarios”. *Prosa Plebeya*. Buenos Aires: Colihue, 1997. 65-75. Print.
- Lozada, Ángel. *No quiero quedarme sola y vacía*. San Juan/Santo Domingo: Isla Negra, 2006. Print.